

García de Saura

HOUSTON, TENEMOS UNA MISIÓN INN-POSIBLE



zafiro[♥]

Índice

[PORTADA](#)

[SINOPSIS](#)

[PORTADILLA](#)

[DEDICATORIA](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[BIOGRAFÍA](#)

[CRÉDITOS](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



SINOPSIS

Cuando Daniela, alias la Sweet, volvió a su casa tras una noche de juerga con Vera, alias Balay, jamás pensó que ocurriría algo que desarmaría su vida cotidiana. Una persona de su pasado ha regresado a su presente para darle una mala noticia y pedirle ayuda. Por fortuna, ella no está sola, sino que cuenta con la inestimable ayuda de su mejor amiga.

Esta nueva misión la llevará a conocer al hombre con el que siempre había soñado: Charles Daugherty, un descarado escocés de las tierras altas que la hará debatirse entre el deber y el deseo.

Romance, intriga, erotismo y mucho humor te esperan en esta trepidante historia, cuyo hilo conductor te sorprenderá y desvelará muchas incógnitas sin resolver.

HOUSTON, TENEMOS UNA MI- SIÓN INN-POSIBLE

García de Saura

Dedicado a mis niñas,

Houston, tenemos una misión inn-posible (Volumen García de
independiente) (Spanish Edition) Saura

*a mis lectores
y a las personas con verdadera capacidad*

Houston, tenemos una misión inn-posible (Volumen García de
independiente) (Spanish Edition) Saura

de amar y ser amadas

CAPÍTULO 1

Cuando el despertador suena a las seis, pienso si estamparlo o no contra la pared, pese a que sé que no es él el responsable de mi falta de sueño. La culpable tiene un nombre: Vera. Aún no sé cómo sigo dejándome arrastrar por ella y su embaucador «una más y nos vamos». Si me descuido, acabamos con todo el alcohol del local. Es tan inagotable que a veces me pregunto si no tendrá una esponja en lugar de un simple estómago.

¡Cómo me duele la cabeza! Con todo el esfuerzo del mundo, me levanto y me arrastro de forma literal hasta la cocina. Mientras pongo la tetera al fuego intento recordar el último fin de semana que me desperté sin resaca. ¡Ya lo sé! Fue hace unos meses, concretamente el día en que Claudia se marchó a Houston para reencontrarse con su Arthur. Lo hizo tras demostrar la verdad de lo que le había sucedido a su padre, resolviendo uno de los casos más extraños acontecidos en el país en los últimos tiempos. Vera y yo la ayudamos. La policía no quiso hacerlo; estaban seguros de que había sido un suicidio. La loca de *la Balay*, mote por el que cariñosamente la llamamos, y yo no dudamos en tenderle una mano. Fue entonces cuando la investigación nos llevó a Escocia y a Alemania. Aunque el primer viaje lo hizo ella sola a Houston, y allí fue donde conoció al amor de su vida. Recuerdo que hubo un malentendido entre ambos y él no quería saber nada de ella. Pero Claudia estaba segura de lo que sentía por él y se marchó en su busca. Como era de esperar, y como yo siempre he defendido, el

amor triunfó por encima de todo lo demás. Arthur se rindió a sus verdaderos sentimientos y acabó pidiéndole matrimonio. ¡Cuánto la echo de menos! Sin ella, ya nada es lo mismo; ya no somos las tres mosqueteras, los Ángeles de Charlie sin Charlie. Creo que por eso Vera se empeña en convertirnos en barriles andantes repletos de alcohol cada noche, para intentar sobrellevar la marcha de nuestra mejor amiga. La añoramos demasiado.

Pensar en Arthur conlleva que recuerde a Logan, el *highlander* que me tiré en Escocia. Bueno, *highlander*, lo que se dice *highlander* no era, pero a mí me bastaba con creerlo. Han pasado meses desde aquel loco viaje que realizamos las tres juntas y aún recuerdo lo bien que besaba, su pecho, sus fuertes brazos, su increíble rostro y su... Sólo de pensarlo, me sofoco y me arden las mejillas. Aunque mi cara no es lo único que arde: mi parte íntima acaba de hacer palmas de la emoción.

—No te me vengas arriba, que es sólo un recuerdo —le digo a mi entropierna, impecablemente marcada por el pantalón de pijama corto que llevo puesto, sin ropa interior debajo. Siempre que la llevo así de marcada, me recuerda a la cara de un gato—. ¡No me mires así, que yo no tengo la culpa! —me defiendo—. Bueno, un poco sí. Pero a ver si te crees que es fácil encontrar un tío como él. Ya, ya lo sé... —La tetera silba, apago el fuego y lleno mi taza—. ¿Volver a ser virgen? —retomo la conversación—. ¡Qué exagerada eres! Tampoco creo que... ¿O sí? Debería consultarlo en internet. Aunque quizá también encuentre un post en el que diga que soy imbécil y que lo que debo hacer es cepillarme al primer tío que se me ponga a tiro. ¡Coño, que me he quemao! —bramo tras dar el primer sorbo.

A veces parezco un hombre, incapaz de hacer dos cosas a la vez. Corro hacia el fregadero y abro el grifo para dejar que el chorro de agua alivie el dolor de mi lengua.

—¡Vade, vade, buzcadé una zodución! —grito para poner fin a la discusión que aún tengo pendiente con mi en-

trepierna. Debo hacerlo o acabaré ardiendo en combustión espontánea. Y no es una metáfora.

El trabajo me pilla a escasos kilómetros de casa, pero como mi accidente doméstico me ha atrasado un poco, me apresuro para llegar a tiempo. Acelero y esquivo los coches con los que me cruzo de camino. Me encanta conducir, y aún más la velocidad. Siempre me he imaginado en una carrera, compitiendo con los mejores pilotos del mundo. La adrenalina, el riesgo, el pódium... Me concentro en mi figuración cuando, a falta de un par de manzanas de los estudios, un idiota se salta un «Stop». Clavo el pie en el freno rezando para que el coche que va detrás no acabe estampándose contra mi maletero. Mi inexistente plegaria funciona. He tenido suerte de que a estas horas no haya excesivo tráfico; de ser en la hora punta, el coche habría acabado hecho un acordeón. Con el pulso acelerado del susto, descargo mi ira con todo tipo de insultos hacia el conductor, al tiempo que empotro la mano contra el claxon. Las chicas me apodan *la Sweet* por lo dulce que afirman que soy, excepto cuando conduzco. Cuando me pongo al volante saco lo peor de mí, y más cuando tengo una alta probabilidad de acabar atrapada entre un amasijo de hierros, como ha ocurrido en este caso. El hombre, lejos de amilanarse o de disculparse, me responde haciendo aspavientos, mirándome a través del espejo retrovisor.

—Conque ésas tenemos... ¡Te vas a enterar!

Con toda la rabia que siento, pongo el intermitente, acelero y me coloco a su altura. Él continúa con su retahíla, creyéndome la culpable y cargado de razones. De forma agresiva, me grita palabras que ni oigo ni quiero oír. Por la cabeza se me pasa dar un volantazo y echarlo de la carretera, tal y como hacen en las películas. Pero pronto cambio de idea cuando pienso que el seguro no me cubriría ni un solo céntimo. En su lugar, opto por algo mucho menos agresivo, aunque igual de eficaz. Miro a través de los espejos, no llevo a nadie detrás. Estoy a su altura, he logrado al-

canzar su misma velocidad. La dirección del volante está controlada. Puedo hacerlo. Con la única intención de joderlo, lo miro de forma lasciva al tiempo que me meto el dedo en la boca y comienzo a lamerlo imitando una felación. Estoy tan metida en el papel que hasta dejo escapar unos gemidos que, obviamente, él no oye. Como era de esperar, mi plan funciona a la perfección. El hombre pone fin a los aspavientos y los gritos, para dar paso a la sorpresa. La misma que, imagino, deben de tener el resto de los conductores cuando lo ven perder el control, salirse del carril, invadir el arcén y dar un frenazo en seco para no acabar estampándose contra unos árboles que hay al otro lado.

—Daniela: 1 - Mamón: 0 —suelto pisando a fondo el acelerador para dejarlo atrás, sonriendo de modo triunfal.

A las siete y media en punto, ficho en la máquina que hay nada más entrar por la puerta de empleados. Saludo a algunos compañeros con los que me cruzo en los pasillos hasta que llego a maquillaje, el lugar donde cada día doy rienda suelta a mi gran pasión en los estudios de la nueva televisión valenciana.

Sobre la repisa, donde descansan los artículos de cosmética y los utensilios que usamos para maquillar, está la orden del día con el nombre de las personas a las que debo preparar. La miro tras guardar mi bolso en el armario que hay justo debajo. No puedo evitar soltar una risita burlesca cuando veo el apellido de una de ellas: Braga. Al parecer, es un político muy importante. Concretamente, y según pone en la hoja, es el mismísimo consejero o *conseller* de Economía Sostenible, Sectores Productivos, Comercio y Trabajo. ¡Como si yo supiese quién es, con lo poco que me interesa la política!

—Buenos días, Daniela —me saluda al entrar Germán, uno de los ayudantes de dirección.

—Buenos días. Veo que hoy tenemos a alguien importante —comento ondeando la hoja que aún sostengo en la mano.

—Así es. De eso vengo a hablarte. —Su rostro es más serio de lo habitual—. El *conseller* es un hombre de armas tomar. Debes llevar cuidado.

—¿Qué quieres decir?

—Es un hombre demasiado estricto al que se le ha subido el poder a la cabeza. Las malas lenguas dicen que el cargo que ocupa no es su mayor aspiración.

—Y ¿qué tiene eso que ver conmigo?

—Ha pedido que se lo maquille exclusivamente con productos de alta calidad.

—¿Acaso cree que usamos productos de los chinos? —pregunto molesta. Yo misma pedí personalmente trabajar con las mejores firmas.

—Es un capullo integral, por eso venía a advertirte. Sé que eres amable con todo el mundo, pero te pido que con él lo seas aún más. Ten paciencia. ¿De acuerdo?

—Tranquilo, haré todo lo que esté en mi mano para que don Delicado se sienta cómodo. —Entre su apellido y su especial petición, tengo claro que es gay. Aunque me cuesta creer que haya alguno tan idiota: todos los que conozco son un encanto.

—Está previsto que llegue dentro de media hora —afirma Germán mirándose el reloj de la muñeca—. Comienza con Encarna, que enseguida viene. Y gracias, Daniela.

—A ti por avisarme —contesto condescendiente justo antes de verlo desaparecer por la puerta.

Mientras espero a Encarna, la periodista y presentadora de las noticias matinales, escribo un mensaje a Vera para contarle a quién voy a conocer. Si es alguien tan importante, doy por sentado que vendrá acompañado de guardaespaldas, y sé cuánto le ponen. Mientras lo hago, observo que su última conexión fue de madrugada, justo cuando nos despedimos y nos marchamos del último local. Me sorprende al comprobar que no se ha conectado hoy, y mucho más al ver que no me contesta, pues suele hacerlo al instante. «Ésta se ha quedado durmiendo, como si la viera»,

pienso mientras vuelvo a escribirle un nuevo mensaje exigiéndole que se levante con la amenaza de ir personalmente a darle un azote en el culo como no lo haga.

—Buenos días, guapa —me saluda Encarna en cuanto entra por la puerta.

—Buenos días, preciosa. Ya me ha dicho Germán quién nos visita hoy. ¿Nerviosa? —pregunto guardándome el móvil en el bolsillo trasero del pantalón.

Ella se acomoda en el sillón blanco de maquillaje.

—Mira, no te lo voy a negar. Un poco sí.

—Es normal, no todos los días recibimos a alguien tan importante.

—No es por su cargo, que para eso estoy más que preparada, sino por lo que sé de él. Es un tío que no se muerde la lengua, y mucho menos con su numerosa lista de intransigencias.

—Ya veo que es la joya de la corona —comento en tono irónico mientras le limpio la cara antes de empezar a maquillarla.

—Es el bulldog del partido. Sus ideas son tan retrógradas y arcaicas que he tenido que modificar la entrevista más de diez veces.

—¿Tan antiguo es?

—Demasiado para la edad que tiene. Apenas sobrepasa los cuarenta y, sin embargo, parece haber nacido en la posguerra. Procede de una familia muy severa y disciplinada, así que supongo que él ha heredado sus ideales. ¿Sabías que pidió que lo entrevistara Pedro?

—¿Por qué?

—Porque el muy capullo es un machista redomado. El motivo de su visita no es otro más que darse golpes de pecho por creerse el responsable de haber conseguido que una empresa muy importante haya elegido Valencia como lugar para abrir su única sucursal en España. ¡Como si no supiésemos de quién depende!

—Pues yo no lo sé —afirmo aplicándole la base.

—¡No me puedo creer que no lo sepas!

—No me gusta la política; no es lo mío —me defiendo.

—Debes saber de todo un poco, Daniela, si quieres estar al día de lo que ocurre a tu alrededor.

—Puede que tengas razón, pero es que es un tema que me aburre.

—Ya veo. Bueno, a lo que iba, que el muy capullo del *conseller* se negó a que fuese una mujer quien lo entrevistara. Creerá que los temas de negocios son sólo cosa de hombres. Germán tuvo que hacer malabares para convencerlo —continúa—. Entiendo que no a todo el mundo le guste la política —me mira para dejar claro que se refiere a mí—, pero soy una profesional y me documento mucho antes de cualquier entrevista.

—Eso no lo dudo.

—Te digo yo que ese tío es misógino. No es la primera cosa que he oído de él. Según dicen, es de los que piensan que el lugar de una mujer es la cocina, y que para darle libertad sólo hay que ampliársela.

—¡Qué imbécil!

—Mucho.

—Es raro que un gay sea tan estricto, ¿no crees?

—¿Gay? Ese hombre es la reivindicación personalizada de la heterosexualidad.

—Entonces es un capullo.

—Y no sabes cuánto. Pero no sabe con quién se ha topado.

—¿Qué tienes pensado?

—Me he preparado a conciencia la entrevista que voy a hacerle. Pienso demostrarle que las mujeres valemos para mucho más que para cocinar o llevar una casa adelante.

—¡Di que sí, dale su merecido! —la animo cuando acabo de maquillarla.

—Cuenta con ello. Gracias, Daniela. Perfecto, como siempre —comenta mirándose en el espejo rodeado de bombillas que tiene delante.